

SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 10
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA.

POR TRES MESES... 12 RS
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

LA HISTORIA DEL MATRIMONIO (I).

CUADRO X.—LOS PARIENTES POLITICOS.

Yace aquí un mal matrimonio,
 dos cuñados, suegra y yerno;
 no falta sino el demonio
 para estar junto el infierno.
 (Cementerio de Momo.)

Mucho siento ser yo propio el que haya de decirlo, pero no puedo callarlo: de todos los cuadros de este museo el de mas valor es el presente. Y no se crea que es un valor caprichoso ni convencional como el que ordinariamente suelen dar á sus lienzos los dueños de una galería de pinturas, sino un valor real y efectivo, que así reconocerá un lord inglés, como un príncipe ruso; y en materia de pintura no me ocurre un pueblo mas negativo que la Rusia, perdonenme los salvajes del Canadá. Este cuadro no le debe su mérito al dibujo, ni al colorido, ni á la armonía pictórica, ni á la mano del artista que lo hizo; cualquier otro pincel habria alcanzado la misma gloria, el mérito consiste en el pensamiento. Despues de concebida la idea de pintar una parentela política, cualquiera es feliz en el desempeño. ¿Quién, si deja de ser casado, ha venido al mundo sin

(1) Véanse los números 102, 103, 104, 105, 106, 107, 109 y 110.

una hermana ó hermano solteros que le hagan de un golpe pariente político de cien ó mas personas? ¿Qué artista dejaría de llevar á cabo su obra por falta de modelos? La única dificultad, y esta es insuperable, consiste en el agrupamiento de las figuras, pero un buen artista debe convencerse de la imposibilidad, y no agruparlas.

Esto es precisamente lo que ha hecho el autor del presente cuadro y sin embargo, su obra tiene un mérito indisputable, siquiera consista solo en haber probado que el señor Martínez de la Rosa, no tenía razón cuando dijo:

Cuñados, en paz y juntos,
 no hay duda que están difuntos.

Si el poeta granadino hubiese visto este lienzo habria podido añadir.

Solo muertos ó pintados,
 están en paz los cuñados.

Indudablemente en este cuadro no riñen, y el lector me hará la justicia de creer que á no ser así hubiera yo procurado el medio de enagenar el lienzo ó mi cuerpo estaria pudriendo tierra, que regarian con sus lágrimas mis parientes políticos; por que á estos deberes públicos, preciso es confesarlo, no faltan nunca.

El sobrenombre de políticos con que se los ha bautizado, indica perfectamente la duración de este pa-

rentesco y nadie debe extrañar que la armonía entre ellos se deshaga como la sal en el agua, ó mejor dicho, como se rompen las olas al chocar con la playa. Terminada la política, ó lo que es lo mismo, el cumplimiento, se concluyó el parentesco. La diplomacia sería una gran ciencia si sirviera para establecer la concordia entre los parientes políticos; pero no hay memoria de que la diplomacia, ni lo que es mas aun, la prudencia, haya podido conservar la armonía en semejante parentesco. Los aldeanos, verdaderos filósofos que las ciudades desprecian porque no comprenden lo que llaman gramática parda, hacen un abuso extraordinario del parentesco político, pero le conocen mejor que nadie cuando dicen: Mas cerca están mis dientes que mis parientes; ó aquello de que, ya se acabó el pan del cesto y se acabó el parentesco, y finalmente, lo de que, parientes y burros viejos los mas pocos y mas lejos. Dicen tambien que, suegras ni en las rosas son buenas; que los cuñados ni fritos ni asados, y que la cuñía no es buena ni en la madera. Y esto lo dicen cuando no cantan aquello otro de

Glorioso San Sebastian
 traspasado de saetas,
 mi alma como la tuya,
 como tu cuerpo mi suegra.

En suma, enorme sería la que resultase de todos los refranes, coplas y sentencias que á las mientes nos

LOS PARIENTES POLITICOS.



La tía



El primo.



La prima.



El tío.



El cuñado.



La suegra.



La cuñada.

vienen á propósito de este cuadro, ante el cual no queremos detenernos mas tiempo, sino ponerle á buena luz para que le vea el público, y darnos á correr, lejos, muy lejos.... tan lejos que no nos alcance ni la vista de una suegra; especie de policía eléctrica que llega á todas partes.

Ella es la figura principal del lienzo; ahí te queda lector; cuidado como me la tratas. No hagas lo que aquel recién casado á quien viéndole rodar por propio intento en una escalera, le preguntaron si estaba loco, y respondió:—Lo estuve al casarme, pero ahora estoy cuerdo y lo que hago es aprender á rodar sin hacerme daño, para cuando baje dando el brazo á mi suegra repetir el salto mortal.

¡Ella es!... Mirala: está en primer término. ¿Cuándo ha estado una suegra en segundo? ¡Desde que va con sus hijas á cazar maridos, se adoba y se empavesa mas que ellas! habla la primera y deja de hablar la última; son groseros todos los hombres que no alaban sus canas antes que la dorada cabellera de su hija; esta no baila sino con los que hacen primero la corte á la mamá; cada caramelo que se regala á la hija cuesta una libra de pastillas para la madre; para sentir un momento el dulce contacto de la mano de la niña al bajar ó subir una escalera, es preciso haber remolcado dos años á la madre, que ensaya la robustez del galán colgándose de su brazo, como un fardo en el anillo de la romana. Ella no es la que ha de elegir marido, y sin embargo ella es quien le mide la estatura, y la que le examina la cara; no ha de sufrir su genio, y le ensaya un día y otro en el crisol de la impertinencia; no ha de vivir á su lado y se informa de todos los pormenores de su vida pasada, para calcular lo que podrá ser la futura; tampoco parece que ha de disfrutar sus caudales, y sin embargo, se los cuenta hasta el último ochavo. Finalmente, si los curas no estuviesen acostumbrados á ver madres, sería espuesto que en el acto de la boda, tomasen la mano de la madre por la de la novia; tan en primer término se halla siempre.

Pero en este cuadro no es ya la madre, sino la suegra; no es la mujer que va á mandar sino la que está mandando. El pintor no ha hecho una suegra *in partibus*, sino una suegra en partida grande, una gran cantidad de suegra. No va de visita á casa de su hijo político, una vez á la semana á alterar la paz matrimonial por semana y media, sino que vive constantemente con él para que no haya paz nunca. Y esto no deja de ser laudable si es cierto aquel refrán que dice, que los queridos han de ser reñidos.

Jamás deja de ser la primera, pero cuida de aparecer siempre la última; dice en público, que su hija tiene un marido que no se le merece, y que á ella sus propios hijos no la han querido tanto nunca; pero como sería pesado que siempre dijese lo mismo, en conversación privada con su hija la dice todo lo contrario. Con lágrimas en los ojos, por ser este el sitio de las lágrimas, la dice: que no quiere hacerla desgraciada, que ella sola podrá vivir feliz con su marido, porque este no la pone buena cara (lo cual suele ser cierto), y que se va á su casa. Que comerá sopas de ajo (este es el manjar de las lástimas), en una guardilla á trueque de no incomodar á nadie. Y si la hija no se ablanda al oír á su madre y se enfurece contra su marido, aun le queda el recurso de añadir:—Mira, hija mía, súfrele sus impertinencias, porque todos los hombres las tienen, y al cabo es honrado y vividor, y nunca te faltará que comer con él; procura que no se reuna mucho con ciertos amigos, y que no se distraiga fuera de casa, y aunque te regañe delante de las gentes como el otro día, no le repliques; para eso y para algo mas es tu marido.

Escusado parece decir el resultado de esas despedidas; despues de ellas el pintor deja á las suegras en el primer término del cuadro.

El segundo le ocupan las hermanas de la mujer; estas no son tan temibles como la suegra si el marido sabe manejarse. ¿Pero qué hombre tiene esa habilidad despues de casado?... Si la hubiera tenido de soltero no habría llegado al templo de himeneo. Preguntábele á cierto sugeto si conocia alguna cosa peor que una suegra, y despues de pensar un rato, dijo—que si, que dos suegras; pues lo mismo sucede con las cuñadas: es peor tener dos que una; y tres ó cuatro es un lujo de discordia insufrible. El marido no tiene otra ventaja que la de ser herido por tabla ó por carambola, porque los tiros van siempre dirigidos á la hermana. Si son solteras, sufren de que la sociedad la dé mas autoridad que á ellas; la riñen si las reprende; envidian sus trages, espian sus acciones, y son, en fin un medicamento seguro para curar esa enfermedad rarísima, conocida con el nombre de paz conyugal.

Al lado de esas parientes pegadizas, allegadas, ó como quiera que se llamen, ha puesto el pintor á los hermanos, á los tíos y á los primos de la esposa, que aunque varones todos, el parentesco político les da cierto aire quisquilloso, y el espectador se los representa con faldas y rucas. Cuando creen que el cuñado es rico viven á su lado como partes integrantes de la esposa, y á cada mal humor del marido fruncen el ceño, y echan mano á la daga como para darle á entender que son los monteros de Espinosa que guardan la honra de su hermana; si se convenceren ó se les antoja que el marido es pobre ¡Dios nos la depare buena! el sacrificio que quiso hacer Abraham no es comparable con el que ha hecho su hermana casándose con un hombre que no puede sostenerla! Esto lo dicen á los que lo preguntan y á los que no quieren saberlo, inclusa la interesada.

Pero no es la suegra, ni sus hijos los que forman el pensamiento principal de este cuadro. El pintor no habría estado tan feliz como digimos al principio si se hubiese limitado á presentar los parientes de uno de los cónyuges; el mérito consiste en haber retratado los de ambos, y de esto resulta que el espectador distrae su vista de los esposos para fijarla en su respectivas parentelas. ¿Hay nadie que haya imaginado la union de dos consuegras?... pues hé aquí el mérito principal del artista. Pintar dos prosapias distintas, capitaneadas por sus respectivos gefes—hembras y unidas por el vínculo artificial del parentesco político. Arbol genealógico ingerto en la vicaria eclesiástica, y que produce la suegra, la consuegra, el cuñado, el conculado, el tio político, el primo idem y el sobrino, etc. Con mas las aproximaciones de comparietes que van hasta el infinito, y de que el oro es un excelente conservador. A cada escalon que sube el hombre en el templo de la fortuna, se le aparecen un centenar de parientes, de quienes no tenia la menor noticia.

No son de estos últimos los que se ven en el presente cuadro, sino todos legítimos y allegados en el momento del matrimonio. Los ha presentado el autor en un intervalo de reposo, que yo, que estoy en el secreto, sé que durará muy poco; las consuegras van á romper el fuego; pronto sacará á relucir cada cual sus respectivos blasones; á ambas les parecerá su hijo el mejor, y una y otra pretenderá haber perdido en el consorcio.

Retírate, lector; da por terminado el cuadro; mira que si no lo haces así, te ha de pesar luego. Acabo de ver á la madre del novio sonreirse con malicia, porque su consuegra ha dicho que su hija habia preferido la honradez al dinero, y que por esta razon habia desechado otras proporciones muy brillantes. Semejantes palabras pueden ser verdad, y sobre todo no es un delito el decirlo; pero yo sé que las van á contestar con dureza. Va á estallar una guerra formidable.... guerra civil de hermanos contra hermanos. Como todas las de esta especie, las pagará el país.... El país, tú lo sabes, son los esposos.... les costará la paz matrimonial.... ¡Infelices! Luego tendrán razon para escribir sobre su sepulcro este epitafio:

Aquí yacen dos esposos
que vivieron regañados,
y hubieran sido dichosos
sin suegras y sin cuñados.

CUADRO XI.—LAS TRES ÉPOCAS DISTINTAS Y UN SOLO MATRIMONIO VERDADERO, Ó SEAN: EL ESPOSO Y LA ESPOSA, EL AMIGO Y LA AMIGA, Y EL MARIDO Y LA MUJER.

Tienes mucha razon, lector, pero no es culpa mia, ni tuya, ni menos aun del artista que trazó el cuadro de que voy á hablarte, y que no puedo presentar desde luego á tu vista porque ha tiempo que se partió en tres pedazos, y los inteligentes me aconsejan que no los una ni restaure, porque son tres cuadros distintos. Los mismos colores puso el aprendiz en la paleta para bosquejar este lienzo que para los anteriores, y sin embargo, el fondo es negro... muy negro. El carmin del amor, el verde esperanza, el azul felicidad, y aquella pastilla purpurina con que se entonaron los cuadros primeros, todo se ha mezclado para formar una sola tinta oscura, descompuesta y lúgubre. Sonó la hora del juicio final, y la coqueta se alza del sepulcro sin cuidarse de las prendas postizas con que se hizo adorar de sus galanteadores; el hombre se olvida de rizarse el bigote, descubriendo así la fuga de sus dientes; la vieja ensancha las arrugadas mejillas, libres del barniz de la clara de huevo, y el anciano no se acuerda de teñirse las canas ni de abrigarse el cráneo con la peluca.

Inútil es buscar en este cuadro á la inmaculada azucena que andaba siempre haciendo la guerra al viento con la guarnición de la mantilla, y se defendía con el abanico de los fogosos discursos del sol; será en vano preguntarla por aquel talle delgado y esbelto que llevaba prisionero entre cien ballenas cuando hizo cautivo de sus ojos al que hoy es su marido; suyo era el breve pie con que apenas rozaba la rica alfombra en el salon del baile; no eran de ébano, sino hechas con sus propios cabellos, aquellas bandas que orlaban su frente; y suyas eran en fin, la sonrosada tez, la alegre sonrisa, la deslumbradora mirada, y todas las infinitas perfecciones del rostro y del talle. Pero ¿dónde está? ¿qué se ha hecho aquel repertorio de gracias, que se abría paso por entre las imágenes de la Divinidad, como si fuera la Divinidad misma? ¿Será posible que la esposa haya dejado olvidadas sus gracias en el tocador de la doncella? ¿Cómo, en un mes de matrimonio, ha podido el talle escapar de su cautiverio, el pie arrojar los grillos, los cabellos recobrar su libertad, y perder las mejillas su trage de color de rosa?

Rato ha, lector querido, que á la vista del cuadro presente me estoy haciendo las preguntas que acabas de oír, sin que pueda convencerme de que este talle y este pie y esta cara que veo delante de mí, sean los mismos que sirvieron para excitar la admiración y la envidia de la sociedad en las tertulias y los paseos. Imposible parece que el bruído anzuelo que tragó alegre el pez incauto, se haya enmohecido hasta tal punto. Pero por mas difícil que nos parezca á tí y á mí, semejante trasformacion no cabe duda en que ha sido tal cual acabas de verla, y que una explosion del corsé, una inconsecuencia de la bandolina, y una ingratitud del agua de Venus, han sido suficientes para cambiar

á la señorita esbelta, ideal y graciosa, en una señora pesada, terrenal, y des-graciada.

Y apesar de todo, lector, te lo aconsejo como amigo, examinala con detencion, porque si ahora te es difícil reconocerla, en la segunda época del presente cuadro te ha de ser mucho mas, y en la tercera imposible. La esposa no se parece en nada á la novia, pero la amiga se parece menos á la esposa, y la muger parece que no ha sido nunca ninguna de aquellas.

Hace un mes que se casaron y menos de medio que se les acabó la luna de miel; para las gentes que van á felicitarlos por su enlace aun siguen comiendo el pan de la boda. Será verdad y sea enhorabuena; el pintor no se alegra del mal del prójimo. Ella está envuelta en una bata con el talle á discrecion y el cabello en desorden; apoya un codo sobre un velador, y parece que lee en un libro, pero en realidad no hace sino pasar las hojas sin apercibirse de que las pasa; él está vestido en trage de calle con el sombrero puesto, y no hace sino dar paseos por el gabinete. De repente se para á examinar uno de los cuadros que adornan las paredes y se sonríe tristemente; es una estampa que representa dos galgos atados por el cuello y que pugnan por marchar en distintas direcciones. El silencio dura largo rato, mientras se miran ambos esposos á hurtadillas y deseando ambos encontrar las miradas, pero sin que ninguno se atreva á decir á sus ojos que vayan en busca de los otros. A la vista de esa escena no hay quien se engañe: se aman y la cuestion es de poco momento; pero las nubes mas leves anuncian siempre las grandes tempestades. ¡Infeliz del que se atreva á despejar la atmósfera!... puede estar seguro de que su suerte será la del para-rayos que recoge toda la electricidad de la nube. La suegra lo ha conocido así, y se ha retirado del gabinete; los criados no se atreven ni á hablar y se contentan con decirse en voz baja que los señoritos están de monos.

Ella quiere ceder pero se acuerda de que su madre y otras amigas casadas la han dicho que desde jóvenes se hacen los árboles derechos, y que no acostumbre mal á su marido, y se mantiene seria; á él le han aconsejado lo mismo sus antiguos camaradas y no quiere rebajarse. A ambos les ocurre un malpensamiento y ambos le rechazan: el de retirarse bruscamente de allí. El esposo hubiera podido hacerlo, aunque el pintor ha hecho bien en no permitirlo, sin graves consecuencias; la retirada de ella habria sido de peor enmienda, y acaso hubiese conducido al divorcio. Bueno es decir en obsequio á su sensatez que la estremeció la idea y que se decidió á la reconciliación; pero no quiso humillarse como vencida en lucha, sino como débil para entrar en ella; llamó en su auxilio á las lágrimas y con ellas á su esposo. El éxito fué completo; ninguna muger derrama impunemente el primer llanto delante de su querido; así lo afirma el autor de este cuadro y estamos conformes con su opinion. En cuanto á la estrañeza que la causó ver que la esposa abusase, porque abusó del triunfo adquirido, no le damos la razon; ¿qué muger no abusa? ¿No hacia ella bastante con poner el llanto? ¿por qué no habia de poner el resto su esposo?

Y en que éste lo puso no hay duda, porque en vez de irse un momento al café con sus amigos, y este fué el origen de la discordia, llevó á su esposa al teatro y viendo que aun no estaba bien desenojada la regaló al día siguiente un magnifico aderezo. Y escusado es decir que á los quince dias volvió el esposo á sentir la necesidad de ver á sus amigos, y volvió á ver enojada á su esposa.

Pero este segundo enojo no terminó como el primero, sin que por esto se entienda que terminó mal. Por respeto á sí mismos; por consideraciones á la familia y por parecerles siempre demasiado pronto para dar un escándalo, vivieron en paz un año; al segundo la razon les aconsejó el partido que debian tomar para vivir juntos y separados, y para hacer cada cual su gusto sin dejar de hacer ambos el de ambos. Y esto no crean vds. que se lo comunicaron mutuamente ni que para ello se pusieron de acuerdo. Vino por sus pasos contados, como le va al ciego la conformidad para no sentir la falta de la vista, y la paciencia al jorobado para llevar el peso sobre la espalda. Insensiblemente se fué apagando la llama del amor, y se encontraron con el rescoldo de la amistad, y he aquí el segundo fragmento del cuadro.

La escena pasa en el mismo gabinete por mas que lo disimulen los muebles que han envejecido considerablemente; algunos, como la mesilla del té, han sido reemplazados por otros mas prosaicos, entre ellos, la cuna para el futuro infante, el brasero, la camilla para secar los pañales y el bote de espliego para sahumarlos; tambien el album ha desaparecido, y en su lugar se encuentra el *calendario* del año corriente; itinerario del trabajo indispensable en todas las casas de buen gobierno. El ama de la casa tampoco viste bata de seda, sino trage de percal cubierto con un delantal de lo mismo; no lee novelas, pero zurce calcetas, y sentada detrás de las vidrieras del balcon, alza de vez en cuando los ojos para contemplar el sol, que cuando soltera se le antojaba una lámpara maravillosa, y ahora le parece una hornilla mecánica.

Aun no ha vuelto el amo de la oficina, y la esposa interpela varias veces á la criada sobre el estado en que se encuentran las relaciones del fogen con la comida, añadiendo que ya sabe que al amo no le gusta esperar, y que tiene mal genio. Y por no dejar mal á su esposa, el marido entra gruñendo y pide la comida, que le sirven lo mas tarde posible; pero sientanse los esposos á la mesa sin decirse una sola palabra, y an-

tes de levantar los manteles, torna el hombre á coger el sombrero, y dice que si no vuelve al anocheecer, que volverá mas tarde, y que si á las once no ha ido á la tertulia á buscar á su esposa, que ya puede ésta retirarse, si desde luego no prefiere quedarse en casa. Semejante *orden del día*, que un año atrás hubiese producido una revolucion muy parecida al divorcio, no hace efecto alguno en la esposa, y paga al dictador con una sonrisa, acompañándole hasta la puerta para desearle un buen paseo y cambiar con él un ósculo de paz.

Vuélvese ella á su labor, ó á su tocador para ponerse en disposicion de disfrutar de la tertulia, y tanto si el esposo va á recogerla, como si no le ve hasta que llega á su casa, en ambos casos le recibe alegremente, y así viven felices el amigo y la amiga. Veamos la tercera parte del lienzo.

Aquí ya es otra la decoracion y otra la casa. En el gabinete poético, profanado con la cuna del primer niño no cabían los demás hijos que les concedió el cielo, y se vieron obligados á trasladarse á una casa antigua, en la que ademas de la despensa y demás piezas indispensables, hubiese un cuarto grande sin aplicacion conocida, y que pudiera servir como de armario para almacenar los chiquillos. Semejantes piezas se llaman *leonerías*, y solo entrando en ellas se puede comprender y estudiar la historia del matrimonio; en otro cuadro podrán verla los lectores. Ahora solo se ve al esposo en el pleno ejercicio de su profesion; el oficio de marido no le deja tiempo para ningun otro, y ya se ha convencido de que las casas se han hecho para que los hombres vivan en ellas. En el primer año del matrimonio, vivió con su esposa por amor; en el segundo, por convencimiento y por tolerancia; en los restantes por necesidad y por costumbre. Al principio no podía ella sufrir que el esposo se moviese un punto de su lado; luego condescendió sin violencia á que la acompañase algunos momentos, y ahora le pide con instancia que salga á paseo, porque los hombres no están bien dentro de casa, y porque así se hacen *maricas y comineros*.

Y he aquí lo que es el marido que teneis delante de vuestra vista; cominero.

¿Os acordais de aquel Perico Derretido que cuando no tenia otras obligaciones mas que su persona cobraba 6,000 reales del Estado? Pues ahora, que á Dios gracias, aun vive su suegra, y que su muger le ha dado á luz tres hijos, ha ascendido á la categoria de cesante, y cobra diariamente doce horas de luz y otras tantas de oscuridad. Afortunadamente duerme una gran parte de las últimas y solo ve su desgracia cuando se levanta á pasear al niño que llora, á hacer un cigarillo de anís para el histórico de su suegra, y á pensar en la hora de la compra, que es un pensamiento menos consolador que otro cualquiera. Indignado de que el gobierno le suprimiera, suprimió él á su vez la criada y gracias á una capa vieja que conserva, puede sin detrimento de su decoro, decorar interiormente el talego del pan y el de la carne, con las provisiones que por su honradez le fian los vendedores. Si no enciende la lumbre y pone el puchero es porque su muger le ha ahorrado esa faena, y el día que se libra asimismo de vestir un par de chiquillos, no se ahorra de embetunar un par de zapatos, y aun de hacer por sí propio los de sus hijos, y algunos escarpines para su suegra y su muger. Esta en cambio le vuelve el pellejo de un frac despellejado, ó de una basquiña vieja que dejaron nueva en el tinte, le hace una levita para el verano, que ningun sastre se atrevería á reclamar por suya y que en el corte y sobre todo en los pliegues lleva el sello de la industria casera. Así puede ir *decentito* á casa de su padrino de boda, que le da cuatro reales diarios por que le lleva la correspondencia, y vive sin que nadie sepa como, y sin que el sepa si come ó ayuna.

Nadie al ver á Casilda y á Perico, duda que son marido y muger, pero nadie se atreve á creer que un día se llamaban esposo y esposa, ni menos que fueron novios, y de ninguna manera que tuvieron libertad para seguir siendo solteros, y que, sin embargo, se casaron.

Pero, (y este pero es muy importante segun dice el autor del cuadro), los matrimonios como el de Perico Derretido, no son los malos sino los buenos matrimonios. Los malos son los que se deshacen para no ser peores; y el divorcio debe ser un mal muy grande puesto que está prohibido. ¡Excelente manera de probar la felicidad! Abandonemos el cuadro.

(Se continuara.)

ANTONIO FLORES.

ODIO DE AMOR.

NOVELA.

(Continuacion.)

CAPITULO VII.

PRESO Y LIBRE.

Durante el entreacto, los adversarios salieron por un instante; y sus amigos se reunieron con ellos fuera

del teatro. A poco el capitán, riendo como un loco volvió al palco de la baronesa.

—¿Qué ha sucedido, preguntó esta?

—Vildósola era digno de combatir con el Cid. No puede llevarle mas allá la galanteria. Insistiendo Felix para que se batiesen en el acto, le ha rogado que le permita aplazar el duelo hasta el fin de la comedia. Debo una reparacion á Julia, le dijo, y despues de haberla silvado quiero probarla ahora con mis aplausos, que si mañana le faltase el apoyo de vuestra espada, encontraría en mí un defensor tan leal y valiente como vos. Felix ha consentido y el duelo se ha aplazado para cuando termine la funcion.

—Las palabras de Vildósola hacen suponer que está muy seguro del triunfo. ¿Es tan formidable enemigo por ventura? añadió Carmen con acento receloso.

—El resultado del desafio no puede ser dudoso: Granado será muerto inevitablemente. El duque es el primer tirador de espada y florete que hay en la corte; y ensartará á Felix con la mayor facilidad.

Carmen palideció.

—Pero yo estaré allí, repuso Rosales, y os aseguro que todo se hará en regla.

El telon se alzó de nuevo, y Carmen so protestó de que se sentía indisputada, salió del palco, ordenando á su lacayo que hiciera aproximar el coche.

—En efecto, repitió el capitán admirado de su palidez, se conoce que estais mala. ¿Me permitireis que os acompañe?

—Es inútil... gracias... me duele la cabeza, y me acostaré en cuanto llegue á casa.

El capitán cerró la portezuela, renegando en su interior de los caprichos de las mugeres.

Apenas el coche traspuso la calle, la baronesa gritó al cochero que se detuviese, y variando de rumbo, la llevase al palacio del marqués de X.

El marqués había salido, y á duras penas pudo Carmen averiguar que se encontraba en casa de uno de los ministros. Voló allí, y enviándole una tarjeta, el marqués se apresuró á venir á tomar órdenes. Nuestros lectores recordarán que este caballero era uno de los muchos pretendientes de la linda viudita.

Instóla para que bajase del coche y subiera al palacio del ministro; pero Carmen no tuvo por conveniente acceder á su deseo.

—Es un asunto reservado, le dijo con aire de misterio.

—Feliz él mil veces, puesto que me proporciona la dicha de poderos ser útil en algo; contestó el marqués con la efusion de un amante que anhela que la muger amada ponga á prueba su cariño.

—Es un servicio que os agradeceré en extremo, repuso ella dando á su sonrisa toda la dulzura de que era susceptible.

—Mi influjo en la corte, mi brazo, mi fortuna, mi vida están á vuestras órdenes, respondió el marqués con sin igual vehemencia.

—Se trata de un caballero que ha cometido una calaverada que puede tener serias consecuencias.

—Si conociera á ese caballero, le manifestaría desde luego mi gratitud, ya que á él debo esta entrevista.

—Pues eso os será facilísimo.

—¿Solicita una gracia para él?

—Sí, señor marqués.

—¿Cuál?

—Una orden de prision.

El marqués miró á su interlocutora lleno de asombro. —¿Ese caballero si os habia faltado al respeto? exclamó tras una breve pausa.

—¡Oh! no, sus amores de bastidores le preocupan demasiado para pensar en mí, y como si no le bastase el arruinarse por una muger indigna de su cariño ha provocado un lance con un caballero, el duque de... que es su rival y un espadachin consumado, segun dicen. Deben batirse dentro de dos horas, y tendria el mayor placer en que uno de los dos durmiese hoy en la cárcel. S. M. no tiene en ella algun aposento desocupado en la actualidad?

—Si no le hubiese, se desocuparia con tal de complaceros.

—Gracias, amigo mio; os repito que lo agradeceré en el alma.

—¿Y cómo se llama ese mortal que ha osado incurrir en vuestro enojo?

—Don Felix Granado.

El marqués sacó una cartera y apuntó el nombre del recomendado de la baronesa, añadiendo en seguida con una sonrisa maligna.

—¿Y no seria mejor encarcelar al duque, cuya espada es tan temible?

—No me intereso por él—respondió la joven con frialdad.

—En efecto, no es posible tener esas delicadas atenciones con todos, repuso el marqués irónicamente.

Carmen se sonrojó é inclinando los ojos balbuceó:

—Es que Felix, es mi pariente... primo... y los vínculos del parentesco...

—Pues... comprendo... Ademas, la caridad cristiana nos manda ser compasivos con el prójimo.

Hora y media despues, al salir del teatro Felix, el duque y sus padrinos, dos alguaciles del ayuntamiento acercáronse á ellos, y uno les preguntó:

—¿Quién de vds. se llama don Felix Granado?

—¡Yo! contestó Felix, ¿qué me quereis?...

—Que me entreguéis vuestra espada, y os deis preso en nombre de S. M.

—¡Yo! vamos, eso debe ser equivocacion....

—Mirad la orden, repuso el funcionario.

Felix vió la firma, y convencido de que la resistencia no haria mas que agravar su situacion, se determinó á seguir á los esbirros.

—¡Maldito contratiempo! exclamó el capitán de cazadores, si no hubiese muerto en el desafio, habria podido asistir á mi boda!

Este apóstrofe ayudó á Granado á encontrar menos desagradable la perspectiva de su prision: estrechó la mano al duque y subió al coche que los alguaciles habian tenido la precaucion de traer consigo.

A su llegada á la cárcel de Corte, fué encerrado Felix en un cuartito, donde, aunque pequeño, tenia espacio de sobra para entregarse á sus reflexiones. Vió en un rincón una cama de mala muerte que le invitaba á gozar de las dulzuras del sueño, se tendió en ella, y meditando en la serie de sucesos que le habian llevado á la cárcel, se quedó profundamente dormido. Granado tenia veinticuatro años, y á esta edad, aunque se tengan grandes pesares, es imposible resistir al sueño.

Sonaba que Carmen, trasformada en mariposa, revoloteaba en torno de un cuadro de flores donde él tambien se mecía bajo la forma de un clavel, cuando un ruido confuso de llaves y cerrojos vino á despertarle de su amoroso ensueño. Incorporóse Felix en su lecho, y vió en medio del cuarto á un criado que con la gorra en la mano, le preguntaba si no tendria inconveniente en recibir al señor alcaide, que deseaba hablarle.

—Dile que pase adelante, respondió el joven no poco maravillado de la politica y urbanidad de su guardián.

El alcaide parecia apreciable sugeto. Empezó por excusarse de haberle hecho despertar tan temprano, y en seguida, añadió:

—Tengo orden de trasladaros á otra habitacion mas decente donde estareis con toda comodidad. Venid conmigo.

Felix, que se habia acostado vestido, siguió en silencio al alcaide, y al llegar á la pieza indicada, que era en efecto muy buena y estaba adornada con algun lujo, le dijo aquel:

—Aquí estareis como en vuestra casa, nada os faltará, comereis solo si gustais, y si os agrada hacerlo acompañado, tendré un verdadero placer en que acepteis un cubierto en mi mesa.

—Tantas distinciones me obligarán á pensar, caballero, que soy un personage mas importante que lo que yo creia. ¿Podreis decirme que asunto me ha traído aquí?

—Lo ignoro.

—Permitidme al menos prevenir á mis amigos para que alguno de ellos me facilite los datos de que careceis vos.

—Siento en el alma no poder daros este consuelo: mis órdenes son terminantes: no debeis recibir á nadie.

—Me responderán siquiera, y sus cartas me sacarán de dudas.

—Duéleme advertiros que toda correspondencia os está severamente prohibida.

—En ese caso, explicadme lo que me está permitido: quizá tardeis menos en decírmelo que en enumerar todas las cosas que me están severamente prohibidas.

—Podeis hacer aquí todo lo que podiais hacer en una isla desierta donde la tempestad os hubiese arrojado. Un Océano os separa del mundo, y por ahora conviene que olvidéis hasta su recuerdo.

La entrevista se prolongó algunos instantes; pero por mas que Felix insistió, no pudo averiguar á qué influencia debia su arresto. Unicamente el alcaide le dejó traslucir que una persona de gran valer en la corte habia ordenado que se le tratase con todo el aprecio y distincion á que era digno un noble hidalgo.

A contar de este día, Granado gozó de toda la libertad de que es posible gozar en una prision de estado; se paseaba por los patios y corredores; el alcaide le surtia de libros, comia con él ó solo, segun el estado de su humor; conseguia al instante cuanto deseaba, y nada de lo que podia endulzar su cautiverio se le negaba, excepto el permiso de salir y de recibir á sus amigos. Fuera de esto, no tenia motivo alguno de queja, y sin embargo, hubiera vendido su alma á Satanás con tal de atravesar de una estocada al imbécil que le habia privado de su libertad. No porque echase de menos á Julia y la vida licenciosa en que Rosales le habia metido, sino porque se desesperaba de verse preso y de ignorar los motivos y el plazo de su cautiverio.

Si el secuestro riguroso en que se le mantenía, unido á las atenciones de que era objeto, le llenaba de asombro, habia otro motivo que le preocupaba mas fuertemente aun. Una persona estraña tenia la delicada atencion de enviarle todas las mañanas las frutas mas hermosas de la estacion, los platos mas exquisitos, las comedias, folletos ó libros que se publicaban. Ningun billete, ningun signo exterior traicionaba el nombre de la amable persona que tan amorosamente se acordaba del pobre preso; el portero de la cárcel recibia la cesta de manos de un mozo de cordel, y se la entregaba á Felix, quien por esta via se proveyó tambien, sin costarle un maravedí, de riquísimas camisas y trajes completos que le venian perfectamente.

Felix distribuia los comestibles entre sus compañeros, les prestaba las comedias y los libros, se engalanaba con los ricos trajes, y se perdia en conjeturas acerca del origen de estos presentes cotidianos. La manera como la cesta estaba arreglada y la eleccion de los objetos que la llenaban, decian claramente que la mano de una muger habia pasado por allí.

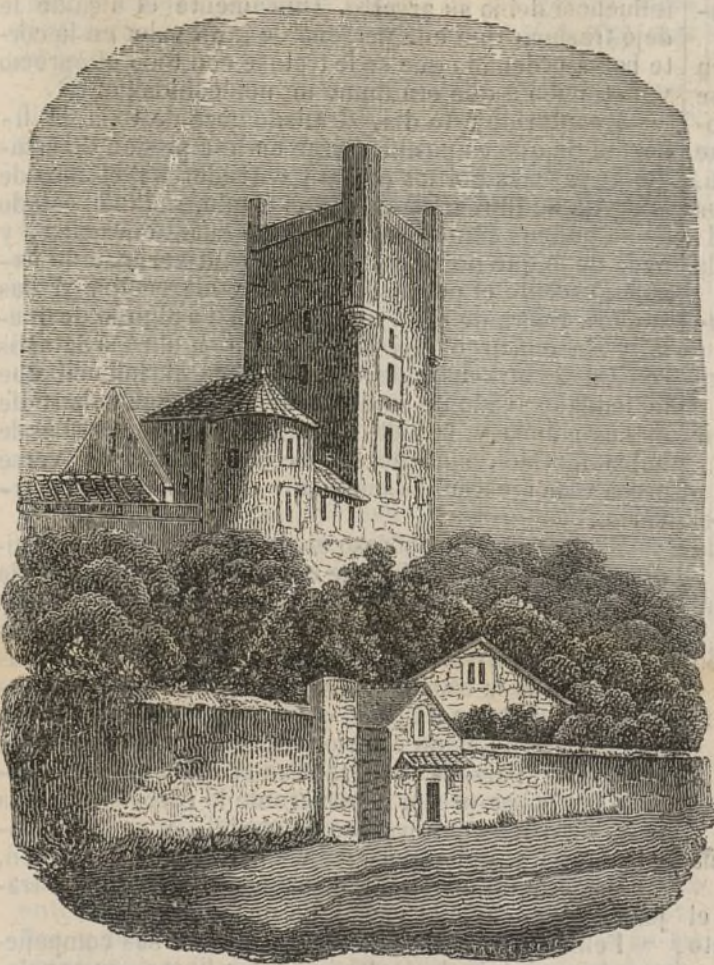
VISTAS DE FRANCIA.



METZ.—Es una de las ciudades mas pintorescas de Francia; ha dado al mundo muchos varones célebres en todas las ramas del saber humano.



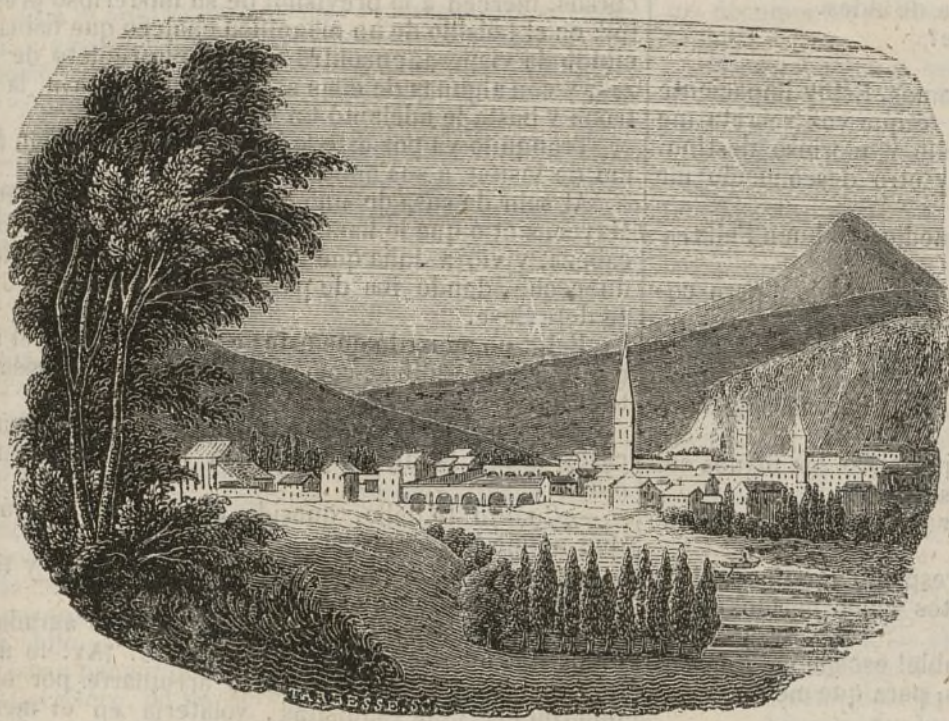
TOURS.—Iglesia de San Gatien.



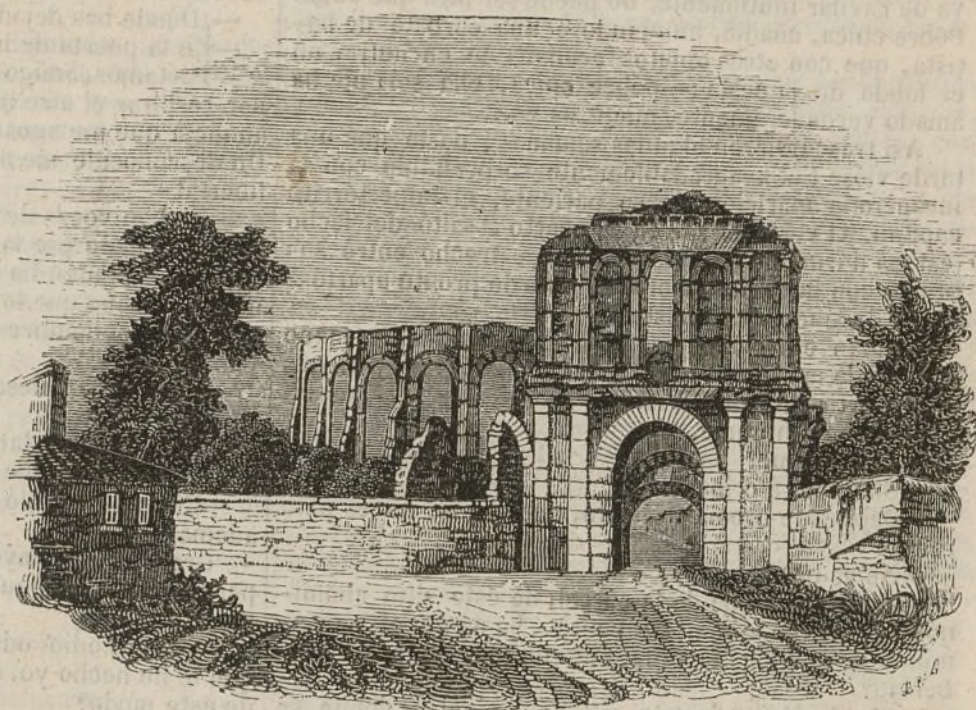
TORRE DEL PALACIO ARZOBISPAL DE NARBONA.—Narbona es una ciudad antigua de Francia, que ha dado su nombre a todo el país que se extiende desde los Alpes hasta los Pirineos, y particularmente al que se prolonga de las orillas del Rodano al pie de esta montaña.



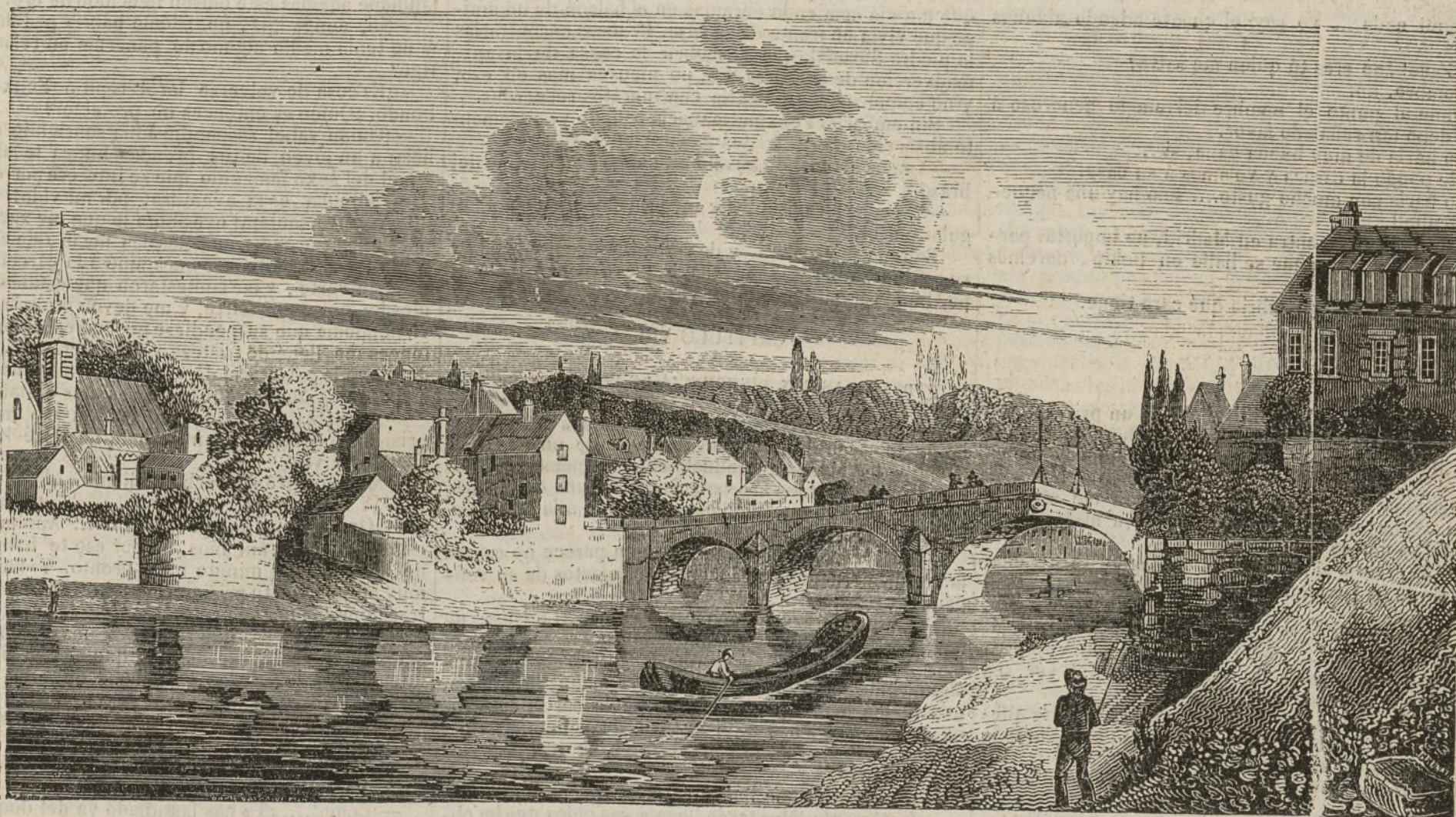
CAEN.—Lo primero que impresiona al viajero al recorrer a Caen, es la regularidad de las calles y la hermosa construcción de sus edificios. Tiene un puerto demasiado insignificante, solo propio para el cabotaje.



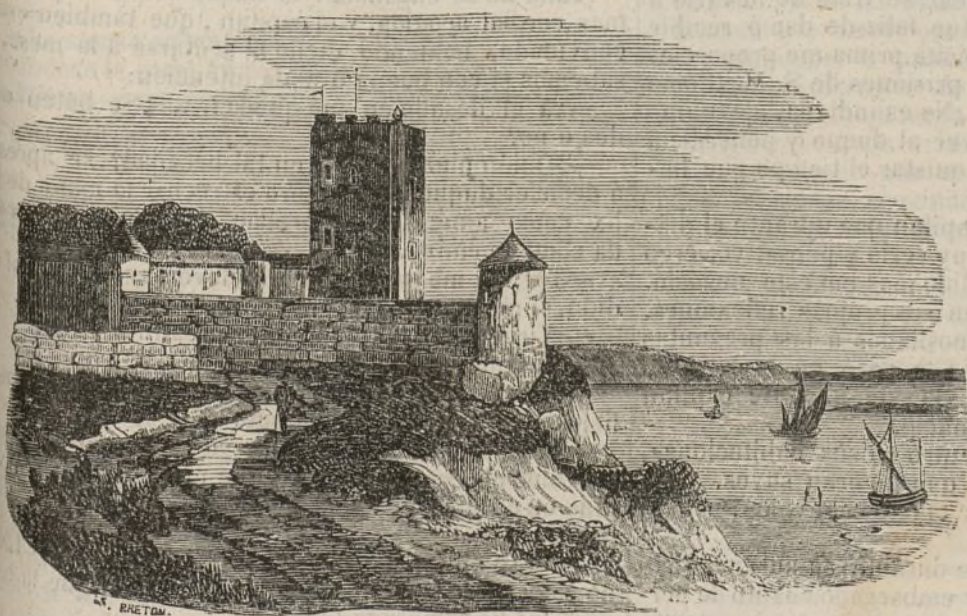
LIMOUX.—Varios escritores modernos aseguran haber existido esta ciudad desde la época de Julio César. Está situada en un valle á la ribera izquierda del Aude.



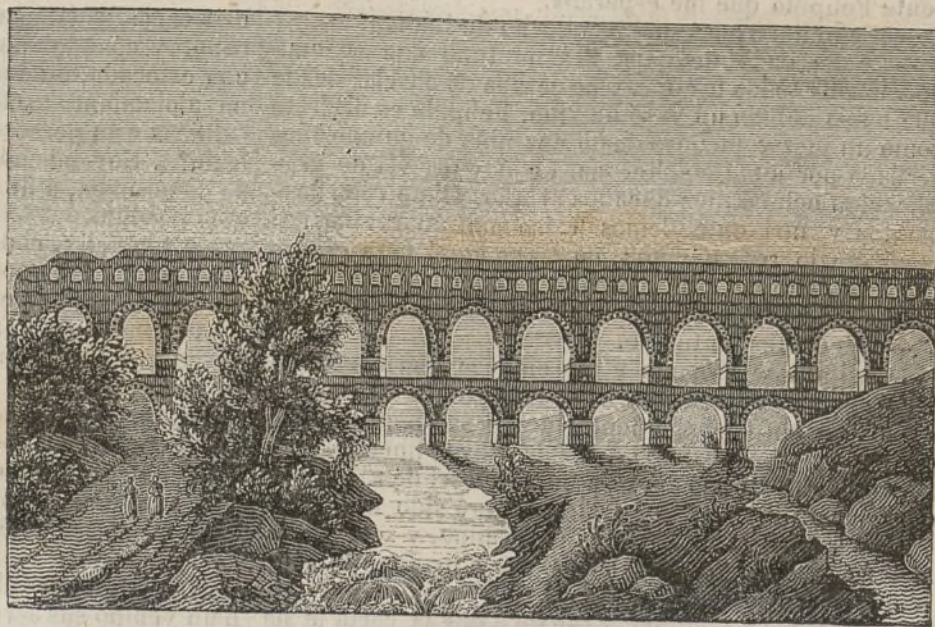
PALACIO DE GALIENO EN BURDEOS.—Los restos de este palacio han sido en diferentes épocas, objeto de investigaciones para los sábios y de estudio para los artistas por los recuerdos y preciosidades que encierra.



CORBEIL.—Es una de aquellas pequeñas ciudades que adornan el Sena en las cercanías de París, y está situado en el punto en que este río recibe las aguas del Juine (ó Essone), el cual se divide en varios brazos. En 1357 fué saqueada Corbeil por un cabecilla llamado el Tartamudo de Villaines, y por los ingleses y los navarros en 1358.



ISLA DE AIX.—En esta isla rompió Napoleon su espada y vió estinguida su última esperanza. Está situada entre la de Oleron y la tierra firme.



PUENTE DE GARD.—Considerado este puente en sí mismo, puede decirse que es una de las mayores obras hechas por los romanos en las Galias. Los arcos de la série ó piso superior son todos iguales.

—Vamos, se dijo el joven una mañana desesperado ya de cavilar inútilmente, no puede ser otra que Julia. Pobre chica, añadió, anudándose una corbata de batista, que con otros objetos acababa de encontrar en el fondo de la cesta;—pobre chica, ella sola me ha amado verdaderamente, mientras yo....

Así trascurrieron algunas semanas, hasta que una tarde vióse Felix agradablemente sorprendido con la inesperada aparición de su pariente, el impertérrito capitán. Al verle entrar en su cuarto, saltó del lecho (estaba durmiendo la siesta) y le estrechó entre sus brazos con demente alborozo; pero de pronto apartóse de él, diciéndole con tristeza:

—¡Cuán egoísta es mi alegría! Sin duda la mano oculta que me hirió te hiere á ti igualmente, y vienes á compartir mi cautiverio.

—Vengo á librarte.

—¿A librarme?

—Sí, ¡voto á cribas!

—Déjate de bromas, Martín, que el caso no es para reírse.

—No es broma.

—¿Vas á sacarme de la cárcel, de este sitio abominable donde se aniquila el cuerpo, se agota el pensamiento y se ahoga el alma, falta de luz, de aire y libertad?

—Sí, hijo; lejos de este sitio abominable donde se aniquila el cuerpo y se ahoga el alma, aunque se dá en él á los prisioneros una vida de príncipes, á juzgar por esas venerables botellas de Málaga y Pajarete, y de esas succulentas perdices capaces de hacer condenar á un cenobita.

—¡Caro amigo, excelente amigo mío, deja que te estreche una y mil veces en mis brazos!... ¡Cuánto te debo!

—A mí nada.... yo soy el que te adeudo algunos cuartos.

—¿Cómo! ¿no eres tú quien me salva?

—Hombre, no.

—Dime al punto el nombre del amigo generoso á quien debo tan señalado favor.

—Lo haría de muy buena gana, si....

—Me pongo la casaca y volamos á su casa.

—Lo haría con mucho gusto.... solo hay una pequeña dificultad.

—¡Ah! no se encuentra en Madrid, no importa: partiremos juntos, y aunque se halle en Pekín, daremos con él.

—No sería malo, así sabría qué cara tiene.

—¿Qué me dices?

—La verdad.

—¿No le conoces?

—No.

—¿Y por qué no me lo dijiste desde un principio?

—¿Con mil de á caballo! si hace una hora que no me dejas hablar, y me interrumpes cuando voy á decirte!

—Perdona, Martín, perdona: la alegría me saca de quicio. ¿Sabes que esta es una aventura maravillosa?

—Mucho de eso tiene.

—No la creería si no fuese el protagonista de ella.

¿Y quién te ha facilitado los medios de penetrar y sacarme de aquí?

—Esta orden firmada por el primer ministro de S. M.

—En toda regla.... ¿Sabes, Martín, que voy creyendo que soy persona de importancia? Tal vez sea hijo de algún príncipe y lo ignoro!

—Eso sería posible si no hubiera sido tu madre Adelaida Irene de Granada: su notoria virtud te deshereda de los beneficios de la casualidad.

—Pero todavía no me has contado cómo esta orden llegó á tus manos.

—¿Cómo diablos quieres que te lo cuente si hablas siempre y no me dejas meter baza?

—No te alteres, y principia, que te oigo con mis cinco sentidos.

—Comienzo, pues. Anoche volvía á casa á eso de las doce, pensando en las piernas de la *Salerosa*, una nueva bailarina que mete mucho ruido en la corte, cuando al subir la escalera me encuentro con mi asistente Felipillo que me esperaba.

—¿Felipillo! ¿pues qué has hecho de Lupian?

—Le he dado de baja. Era un tuno que se emborrachaba todos los días y no cesaba de charlar desde que había bebido un vaso de vino. Felipillo es discreto como un juez y juicioso como una niña de quince años vigilada por una tía solterona. Le doy por vía de gratificación ocho ó diez ducados al año, él me roba doscientos y nos entendemos á las mil maravillas. Si muero te lo recomiendo; no tiene igual para entregar un billete del género anacreóntico ó espantar á los buhos, llamados vulgarmente acreedores.

—Veo que es un tesoro.

—Felipillo se adelanta y me entrega una carta. La letra me era desconocida; el sello no tenía iniciales ni divisa. La abro y halló dentro una orden para ponerte en libertad, acompañado de estas breves líneas.

«Don Felix Granada está en la cárcel de Corte; se cree que su residencia en ella le habrá sido muy provechosa; pero ya es tiempo que termine, y se le ruega al señor don Martín Rosales le lleve mañana la feliz nueva de su libertad.»

—Interrogo á Felipillo, y me dice que la carta le ha sido entregada por un criado sin librea.

Me meto en la cama, y al otro día, al despuntar el alba, tomo un coche y me dirijo á la cárcel. Me dicen que vuelva dentro de dos horas. Un asunto del servicio me entretiene hasta la tarde; logro al fin zafarme,

regreso aquí, se me abren todas las puertas, y te encuentro roncando como un cura de aldea.

—¿Dónde has dejado el coche?

—En la puerta de la cárcel.

—Partamos, amigo mío, partamos. Estoy impaciente por respirar el aire libre, y no sé que voz secreta me anuncia que me aguarda un bello y glorioso destino. Un desconocido me aprisiona y otro desconocido me liberta!

—Te equivocas de medio á medio, mi buen Felix.

—¡Explícate por la virgen!

—Ignoro quien ha descerrado el cerrojo, pero conozco la mano que lo ha cerrado.

—Dime el nombre del traidor. He jurado desafiarle y matarle!

—Pues anda y desafía y mata á la baronesa de Monrriera.

—¡Cármén! exclamó Felix juntando las manos con acento indescribible de ira y sorpresa.

—Cármén, repitió el cazador parodiando su extraño ademán.

Granado se apoyó en el respaldo de una silla y permaneció así algunos minutos como herido de un golpe violento.

—¡Eso es odio, odio implacable! exclamó al fin; pero que le he hecho yo, santo Dios, para que me aborrezca de este modo?

—Mira chico, toma las cosas con mas calma, díjole Rosales, á quien la palidez y el abatimiento de su amigo causaban compasión; ¿sabemos nunca nosotros por qué las mugeres nos aman ó nos detestan? una modista de la calle de la Montera se enamoró locamente de mí porque llevaba el sombrero inclinado sobre la oreja izquierda, y la querida del capitán general de Castilla la Nueva tuvo el capricho de hacerme arrestar un día, porque me vió comiendo naranjas en el balcón de un amigo que vivía en frente de su casa. Primero encontrarías la piedra filosofal, que descubrir la causa de la animadversión de tu prima. Ea, no pienses mas en eso, y no emponzoñes tu alegría con ingratos recuerdos.

Sin embargo Felix permanecía callado y hondamente absorbido en sus tristes meditaciones.

—Vamos al coche, añadió su amigo, tomándole del brazo.

Al coche, repitió Felix maquinalmente dejándose guiar por él.

Bajaron la escalera, y despidiéndose del alcaide y su señora subieron al carruaje que partió al galope, perdiéndose muy pronto de vista.

CAPITULO VIII.

DOS CITAS CON DIFERENCIA DE DOCE HORAS.

—Vamos, es cosa de tirar piedras, decía Felix al cabo de un largo rato, como si saliese de un profundo sueño y le volviesen gradualmente la memoria y las ideas; no le bastaba arrebatarme la fortuna de las manos; era preciso que añadiese el ultraje á la calumnia, metiéndome en la cárcel!

—¡Hola, exclamó el capitán, ¿según parece no es ésta la vez primera que experimentas los efectos de su venganza?

—¡La primera vez! oye y juzga por tí mismo: un apreciable sugeto, el vizconde de Relva, me conoce, me cobra cariño, y á pesar que mi fortuna es harto insignificante, consiente en darme la mano de su hija, una de las mas ricas herederas de la corte. Lo sabe mi prima, y gracias á un sistema de calumnias muy ingenioso, desbarata mis proyectos y me deja á la luna de Valencia.

—¿En los días que ibas á casarte?

—Justamente. Mastarde llega á sus oídos que he obtenido una gracia para incorporarme á la escuadra que partió de Cádiz hace un año, y un destino en América, y ella se maneja de tal modo, que al presentarme en el ministerio á recoger mi nombramiento, me dicen que se halla estendido en favor de otro, gracias al influjo de mi señora prima.

—No quería privarte de las dulzuras de la corte.

—Por último, un valiente caballero me provoca en una orgía, y yo acepto el duelo: se trata de llevarlo á cabo, y cuando me conceptuo feliz de dar ó recibir una estocada, mi buena y solícita prima me proporciona alojamiento gratis en las prisiones de S. M. ¿Cómo calificas esta persecución?... ¿No es indigna, alevé, infame?... Hoy mismo pienso ver al duque y ponerme á su disposición, á fin de reconquistar el tiempo que hemos perdido.

—Caro Felix, contestó el capitán que durante el diálogo se había ido poniendo muy serio y pensativo; creo que no eres tú quien ha perdido mas en este negocio.

Pronto Rosales, absorto en sus propias reflexiones, se limitó á contestar con monosílabos á las preguntas de Felix, y cuando el carruaje se paró en la calle de Carretas, donde Granada vivía, el afluente capitán guardaba el mas absoluto silencio.

Felix subió la escalera y entró en sus habitaciones, donde, excepto los muebles que no eran suyos, nada encontró. Sus baúles [y otros objetos de valor, habían desaparecido.

La patrona le informó que durante su ausencia habían venido sus acreedores y embargado cuanto le pertenecía; y le entregó el documento jurídico que atestiguaba sus palabras. Granada comprendió entonces que se había comido en diez y ocho meses el capital de sus diez mil reales de renta. La casita y las tierras que le dejó su padre, también habían sido embargadas.

Afortunadamente contaba todavía con algunos recursos, merced á la prevision de su misterioso protector: en el bolsillo de un magnífico chaleco que había recibido la vispera, encontró un bolsillo repleto de onzas, y con algunas de ellas satisfizo su cuenta á la patrona y hasta le adelantó un mes.

Tranquilo ya por este lado, salió á la calle con ánimo de visitar á sus amigos.

Al salir de casa de uno de ellos, cerca de la Plaza Mayor, sintió que le llamaban por su nombre; volvió la cabeza, y vió á Julia que inclinada en la portezuela de un coche, donde iba de paseo, gritaba al cochero que se detuviese.

Felix no aguardó que éste le abriese; hizolo él mismo, y de un salto se colocó al lado de la hermosa actriz.

Después de las frases y caricias de ordenanza en casos tales, la dijo el joven con las lágrimas en los ojos.

—¿Cuánto te debo, querida Julia, tú eres la única que no me has olvidado!

—¿Olvidarte?... ¡imposible!... todos los días y todas las noches me he acordado de tí.

—Bien has sabido probármelo. ¡Cuántas agradables sorpresas no me has proporcionado!... ¡Ay! lo único que siento, es que has debido arruinarte por obsesarme. Frutas exquisitas, volateria en el mes de enero!

—Eso debe costar muy caro, atendido el rigor de la estación; pero, si lo has comido, de lo cual te felicito, no es á mí á quien lo debes.

—¿Cómo! ¿no eres tú quien me ha enviado las mejores frutas, caza, y vinos añejos que tan agradablemente me han ayudado á soportar mi cautiverio?... ¿No eres tú quien me ha vestido de los pies á la cabeza, regalándome además este bolsón henchido de oro?

—No, amigo mío, no. ¿Cómo habría podido hacerlo si no tenía medio alguno de ponerme en relación contigo?

—¿Es cosa de volverse loco! repitió Felix meditabundo. ¿Quién es entonces mi protector?

—¿Quién sabe! respondió Julia sonriendo con malicia: á un joven de tus prendas nunca le falta algún ángel del sexo femenino que se interese por él.

—¡Singular es la aventura, por mi vida!

—Y muy lisonjera; oye ahora lo que me sucedió después que te prendieron. Rosales me lo dijo esa misma noche, y al otro día me encaminé á la cárcel. Me empuñé en verte, y me contestaron que estabas incomunicado: quise escribirte, y me devolvieron la carta advirtiéndome que suspendiese mi correspondencia. Entonces me llené de tristeza y desesperación, y el duque que tuvo la galantería de venir á darme una satisfacción por los silvidos que tan caros nos costaban.

—Me había prometido protegerte si me mataba. Un prisionero equivale á un muerto. Le daré las gracias cuando le vea.

—Me encontró deshecha en llanto....

—¿Y te consoló?

—¿Qué querías que yo hiciera?... Aunque hubiese estado gimiendo mil años, no por eso te habría sacado de la cárcel un minuto mas pronto. Y luego estaba muy afligida con tu prision.... es preciso tomar las distracciones como se presentan.

—Máxima es esa que respira la mas sana filosofía.

—En lugar de ser dos los que nos fastidiábamos, fuimos uno solo. Algo se ganaba en esta metamorfosis.

—Me agrada el método y procuraré ensayarle cuando se presente ocasión.

—Te lo recomiendo.... yo le practico amenudo. Justamente en este momento....

—¿Cómo!.... ¿Te has fastidiado ya del duque?

—¡Oh! me he dedicado á amarle con todo mi corazón, y él á fuer de agradecido me retribuye con creces mi cariño. Pero ayer ha tenido un éxito desgraciadísimo una comedia nueva, y quiero olvidarle cenando esta noche en compañía de Vildósola. Te convido.

—¿Pero el duque!...

—Tendrá un gran placer en verte.

—En ese caso iré.

Julia no se engañaba: el duque dispuso á Felix la mas cordial acogida, y el capitán, que también estaba convidado, habiendo dicho al sentarse á la mesa, no sabemos si con buena ó mala intención:

—¿Y el desafío en qué queda?... ¿Se baten ustedes ó no?

—¿Quién piensa ahora en tal necesidad? se apresuró á decir el duque. Mas quiero estrechar la mano de Felix como amigo, que probar el temple de su espada como enemigo.

—Tal vez me hariais un gran favor, respondió el aludido, si me atravesáseis el cuerpo con la vuestra.

—¡Virgen santa! ¿y por qué? preguntó Julia.

—Por que estoy arruinado.

—Nunca lo está uno del todo, cuando cuenta amigos fieles y leales, añadió el duque.

—La antigua casa donde he nacido y murió mi padre, así como los cuatro terrones que me legó, se han vendido en pública almoneda para satisfacer á mis acreedores.

—No te aflijas, chico, exclamó el capitán, esos bienes no saldrán de la familia. Sé de buena tinta que la baronesa los ha comprado todos.

—Hace bien en aprovecharse de su obra! contestó Felix llevando á los labios una copa de champagne; pero su mano temblaba de coraje, y gran parte del líquido le cayó en la pechera de la camisa.

—Y ahora que nada tienes, ¿qué piensas hacer? le preguntó Rosales.

—Con el auxilio de las pocas onzas que aun me quedan, y que debo á la benevolencia de mi protector desconocido, me dirigiré á Cádiz ó á Barcelona, donde como estamos en guerra con los ingleses se arman algunos corsarios y me será fácil tener acogida.

—¡Vaya una idea! exclamó don Martín frotándose las manos como si se alegrase de la desesperada resolución de su amigo; ¡la muerte ó la fortuna!... me parece admirable tu propósito.

—¡La fortuna ó la muerte! repitió Félix. Quiero volver á Madrid nadando en oro para... eso yo lo sé; y si no me es posible, prefiero morir á manos de los ingleses, ó despedazado por los tiburones, antes que arrastrar aquí la existencia menguada y despreciable que me espera.

—Ya que no teneis inconveniente en expatriaros, dijo el duque, haced otra cosa mejor. Un agente diplomático de la nueva república anglo-americana se encuentra actualmente en Madrid: su ejército necesita oficiales, y yo puedo y me comprometo á obtenerlos el grado de teniente coronel, ó mejor dicho á haceros pasar por tal. El comisionado es íntimo amigo mío, me debe algunos favores, y hará en vuestro obsequio lo que haría por un hermano.

—Caballero, no he servido nunca, y....

—Sois valiente, os sobra inteligencia, y aprenderéis en la travesía lo que ignoreis.

—Siendo así, acepto.

—Pues bien, arreglad vuestros asuntos á la mayor brevedad. Tengo entendido que dentro de pocos días se hace á la vela un buque fletado *ad hoc* por ese caballero. Hoy mismo le hablaré, y es muy factible que tengais que ponerlos en marcha inmediatamente.

—¡Ojalá fuese ahora mismo!

—¡Volverás general! A la salud del señor teniente coronel, gritó el capitán levantando su copa henchida hasta los bordes.

Félix llenó la suya, y le devolvió el brindis cordialmente:

—A tu próximo enlace, querido Martín!

—¡Ah! todavía está lejos, repuso el cazador moviendo la cabeza: tu prima es la mujer mas caprichosa é incomprensible que he conocido en mi vida.

Al separarse, Julia verdaderamente enternecida con lo que acababa de oír, abrazó á su antiguo amante, y cuando este se hubo marchado, dijo al capitán:

—¡Lástima de chico! irse á vivir entre salvajes. ¡Sin duda es muy desgraciado!

—¡Bah! murmuró Rosales, no lo es tanto como juzgais: ¡hay desgraciados con gracia!

—¿Qué dice ese? preguntó el duque á Julia.

Julia miró al cazador, que estaba medio ebrio, y preludiaba una canción guerrera, llevando el compás con los dedos sobre la mesa, y respondió:

—El vino lo sabrá.

Al día siguiente recibió Félix á las cuatro de la tarde un billete, en el que se le convidaba á cenar esa noche en una casa de la calle de Atocha.

Hé aquí su contenido:

«La persona que os ha sacado de la cárcel, habiendo procurado mientras habeis permanecido en ella haceros menos enfadosa su residencia en cuanto ha podido, os invita á cenar esta noche en su compañía. Con este objeto, os espera de once á doce, en la casa número 32, calle de Atocha, cuarto principal de la derecha. El portero está prevenido, y os dejará pasar sin que le digais vuestro nombre. Confío que no fallareis.»

Mucho antes de la hora convenida estaba Félix vistiéndose, impaciente por dirigirse al parage de la cita, cuando recibió otra carta concebida en estos términos:

«Los pasos que he dado, han tenido el resultado mas satisfactorio; estais nombrado teniente coronel, y mañana á las doce, el mismo encargado de negocios anglo-americano, pasará por vuestra casa en una silla de posta á recogeros. Ireis en su compañía hasta Barcelona, y allí os embarcareis inmediatamente con otros varios compatriotas que tambien van á América en calidad de oficiales. ¡Salud y alegría!»

J. VILDÓSOLA.

—La suerte se empeña en favorecerme, gritó Félix echándose la carta en el bolsillo; veremos si en la calle de Atocha se me muestra tan propicia. ¡Vamos allá!

(Se continuará.)

A. MAGARIÑO CERVANTES.

JUNTAS REVOLUCIONARIAS DE AMÉRICA.

(Continuación.)

Estando en esta sesión, las gentes que cubrían los corredores dieron golpes por varias ocasiones á la puerta diciéndole que querian saber lo que allí se trataba. Salió don Martín Rodríguez y consiguió aquietarlos.

Diremos para abreviar, que el resultado del acalorado debate con los comandantes, y el giro tempestuoso que iba tomando el negocio abatieron la arrogancia de los capitulares. Cedieron y enviaron á decir á Cisneros con las frases usuales, en los casos semejantes, que habian variado de resolución, y si él se convenia,

lo hiciera sin protesta alguna para no exasperar los ánimos, que ellos en todo tiempo le franquearian cuantos documentos pidiese y necesitase para su justificación.

Mientras iban y venian los diputados nombrados al efecto, cundió con la velocidad de la luz la noticia entre las revolucionarios del espanto que al fin habian llegado á infundir hasta en los mas obcecados y enérgicos miembros del ayuntamiento, y no se contentaron ya con la deposición del virey. Con el ardor é irreflexión propio de la juventud, á nombre del pueblo se presentaron en la sala, esponiendo que para su quietud y para evitar cualesquiera resultados en lo futuro, no tenia aquel por bastante que cesase Cisneros en el mando; sino que habiendo formado idea de que el cabildo en la elección de la junta se habia escudado de sus facultades, y teniendo noticia cierta de que todos los señores vocales habian hecho renuncia de sus respectivos cargos, habia reasumido la autoridad que depositara en él y no queria existiese la junta nombrada, sino que se procediese á constituir otra, eligiendo para

—Presidente vocal y comandante general de armas, á don Cornelio de Saavedra.

Para vocales á los señores

Doctor don Juan José Castelli.

Doctor don Manuel Alberti.

Licenciado don Manuel Belgrano.

Don Miguel de Azcuénaga.

Don Domingo Mateu.

Don Juan de Larrea.

Y para secretarios á los doctores

Don Mariano Moreno y

Don Juan José de Passo.

No contentos con esto, impusieron condiciones (1) afirmando paladinamente que aquella era la voluntad decidida del pueblo, y que nada escucharía que no fuese en ese sentido. Hubo todavía, para honor del nombre español, quien volviere á la brecha y afrontase la cólera de los vencedores; pero nosotros podemos decir con no menos orgullo, que no abusaron nuestros padres de su triunfo, que no azuzaron al populacho contra los últimos campeones de un poder agonizante. ¡Sublime y grande espectáculo! En la mañana de ese día memorable, por vez primera se encontró frente á frente la inteligencia en la América del Sur, y luchando brazo á brazo el trono y la democracia. Allí, como evocados por la vara de un mágico, surgieron de repente inspirados oradores, cuya voz elocuente vibraba en todos los corazones repercutida por el eco de sus propias ideas y sentimientos, y magnetizando á la muchedumbre, la hacían estremecer de entusiasmo, entreabrir sus brazos con arrogancia, prestar el oído y pasarse la mano por la frente, como si saliese de un largo y penoso sueño, y le volviessen gradualmente la memoria y las ideas, mostrándole enriquecido con todas las galas de su brillante imaginación, un ancho camino rico de gloria, de esperanzas, de porvenir, de felicidad. Era un espectáculo sublime, repetimos; porque si de una parte arrancaban frenéticos y prolongados aplausos, hasta ahogar la voz del orador, los principios que se invocaban, las acusaciones fulminadas contra los abusos del poder, el sentimiento comprimido de un naciente espíritu de nacionalidad, que se dejaba traslucir al través de las fingidas cuanto falaces protestas de adhesión al monarca, no era menos digno de alabanza, no preocupaba menos fuertemente el ánimo, la contemplación de los últimos representantes de una tradición de tres siglos, tratando de contener, no ya con un muro de lanzas y bayonetas como sus antepasados, sino únicamente con la fuerza de su palabra vehementemente y arrolladora, la ruina del magnífico edificio alzado por aquellos, sin pararse á considerar que al hundirse amagaba sepultarlos debajo de sus escombros.

La discusión se fué animando por grados, hasta que llegó á un punto que fué preciso cortarla. El cabildo suplicó á los diputados, que para proceder con mejor acuerdo, le representase el pueblo por escrito, lo que ellos pedían de palabra á nombre suyo (2). En esta situación, recibióse un oficio de la junta anunciando la dimisión de Cisneros, al que se contestó, que en atención á las apuradas circunstancias y novedades posteriormente ocurridas, se dignase la junta mandar suspender la publicación del bando, hasta que el cabildo le informase de sus últimas determinaciones.

Después de un largo intervalo de espera, presentaron los individuos arriba citados el escrito que ofrecieron, firmado por un número considerable de vecinos, religiosos, comandantes y oficiales de los cuerpos, vertiendo en él las mismas ideas que manifestaron de

(1) Las condiciones impuestas por los revolucionarios, además del nombramiento forzoso de las personas indicadas por ellos para componer la junta, se reducían á que establecida ésta, debería publicarse en el término de quince días una expedición de 500 hombres para las provincias interiores, costeada con la renta del virey, oídotes, contadores mayores, empleados de tabaco y otros que tuviese á bien cercenar la junta, dejándoles congrua suficiente para su subsistencia. (P. 43.)

(2) Si quedase alguna duda sobre el espíritu de parcialidad en favor de la metrópoli con que están redactadas las actas, se desvanecería al ver la tenacidad con que se insiste sobre estas circunstancias. En la página 46 al hablar de las medidas para la instalación de la segunda junta, se lee:

«Y en vista de todo acordaron que sin pérdida de instantes se establezca nueva junta por acta separada y sencilla, eligiéndose para ella de vocales los mismos individuos que han sido nombrados de palabra en papeles sueltos, y en el escrito presentado por los que han tomado la voz del pueblo, archivándose esos papeles y el escrito para constancia en todo tiempo.»

palabra. Los cabildantes les advirtieron que congregasen al pueblo en la plaza, pues que ellos, para asegurar la resolución, debían oír del mismo pueblo si ratificaba el contenido de aquel escrito: ofrecieron ejecutarlo así y se retiraron.

Dicen las actas «que al cabo de un gran rato salió el cabildo al balcon principal, y el recaudador general, viendo congregado un corto número de gentes, con respecto á la que se esperaba, inquirió que dónde estaba el pueblo, y después de varias contestaciones dadas por los que allí se habian apersonado, y reconvenciones hechas por el caballero sindico, se oyeron entre aquellos las voces de que si hasta entonces se habia procedido con prudencia porque la ciudad no experimentase desastres, seria ya preciso echar mano de otros medios; que las gentes, por ser hora inoportuna, se habian retirado á sus casas; que se tocara la campana de cabildo, y que el pueblo se congregaria en aquel lugar para satisfacción del ayuntamiento, y que si por falta del badajo no se hacia uso de la campana, mandarían ellos tocar generala, y que se abriesen los cuarteles, en cuyo caso sufriría la ciudad lo que hasta entonces se habia querido evitar, y los señores, añade piadosamente el escribano redactor de las actas, viéndose conminados de tal suerte, y con el fin de evitar la menor efusión de sangre que seria una nota irreparable para un pueblo que tenia dadas tan incontrastables pruebas de su lealtad, nobleza y generosidad, determinaron que por mi el actuario, se leyese en altas é inteligibles voces el pedimento presentado, y que los concurrentes espresasen si era aquella su voluntad.»

Se leyó el pedimento y gritaron á una: «que aquello era lo que pedían y lo único que querían se ejecutase»....

Una vez conformes, es decir, obligados á ceder, habiendo espuesto detenidamente, y como á manera de condicion cuáles serían los deberes y obligaciones de la nueva junta, determinaron los cabildantes que se procediese á su instalación sin pérdida de tiempo y se publicase el bando sin detenerse en las fórmulas que se observaron en la primera, citándose únicamente á los vocales, ministros, gefes, prelados y comandantes que fuese posible haber en tan limitado tiempo.

Momentos después, don Cornelio de Saavedra y sus colegas, hincados de rodillas y poniendo la mano derecha sobre los Santos Evangelios, reproducían el juramento de sus antecesores.... Era preciso hacerlo así, era preciso pronunciar con los labios lo que rechazaba el corazón: para no hundir prematuramente en la tumba el pensamiento colosal que germinaba en su cabeza, para no complicar mas la crítica situación en que se encontraba la capital, y dar lugar á que la sangre inundase las calles de Buenos-Aires, á que se desencadenasen de repente todas las pasiones que aun mantenían sujetas el vínculo de una autoridad ante la cual todos estaban acostumbrados á humillarse. Se les ha acusado de perjurios; pero no se tiene en cuenta que á ese perjurio se debió que el pueblo sacudiese con dignidad sus cadenas, y respetando á los últimos mandatarios de un poder que ciertamente no amaba, no empujase con una sola gota de sangre la brillante página de ese gran día, precursor de su independencia. No se tiene en cuenta que á ese perjurio se debió que el tránsito de la servidumbre á la libertad no fuese tan brusco y repentino que lo deslumbra y enloqueciese, y se reprodujesen en Buenos-Aires las tristes escenas que se han visto en Italia, Francia, Inglaterra y Alemania, cuando el pueblo ha recobrado de pronto sus derechos y sobrepuéstose á aquellos contra quienes nutria desde largo tiempo antiguos é inveterados motivos de queja y resentimiento mas ó menos fundados, mas ó menos justificables.

De todos modos, se ve por lo que dejamos espuesto, que esa revolución, obra de la inteligencia mas bien que de la fuerza bruta, triunfó merced á una audaz y verdadera evolución parlamentaria, como las que hoy se ven diariamente en los gobiernos representativos.—Se ve que el combate entre los partidarios del antiguo régimen y los innovadores, grande y sublime sin duda, fué puramente moral, porque felizmente no hubo necesidad de quemar un solo cartucho.

Damos aquí por terminada nuestra tarea, trasladando á continuación por la referencia que tienen con los sucesos que acabamos de narrar, una proclama fecha el 26 de mayo y una circular ó manifiesto expedido el 27 por los miembros de la segunda junta.—Ambos documentos solo tienden á radicar mas y mas en la apariencia los sentimientos de fidelidad y adhesión al cautivo de Valencey, á restablecer la confianza pública, y si no hemos leído mal, á justificar á los revolucionarios de cuanto habian hecho en atención á los fines que se proponían. Dicen así:

La junta provisional gubernativa de la capital del Rio de la Plata

A los habitantes de ella y de las provincias de su superior mando.

PROCLAMA.

Teneis ya establecida la autoridad que remueve la incertidumbre de las opiniones y calma todos los recelos. Las aclamaciones generales manifiestan vuestra decidida voluntad; y solo ella ha podido resolver nuestra timidez y encargarnos del grave empeño á que nos sujeta el honor de vuestra elección. Fijad, pues, vues-

tra confianza, y aseguraos de nuestras intenciones. Un deseo eficaz, un celo activo y una contraccion viva y asidua á proveer por todos los medios posibles, la conservacion de nuestra religion santa, la observancia de las leyes que nos rigen, la comun prosperidad y el sosten de estas posesiones en la mas constante fidelidad y adhesion á nuestro muy amado rey el señor don Fernando VII y sus legítimos sucesores de la corona de España. ¿No son estos vuestros sentimientos?—Estos mismos son los objetos de nuestros conatos. Reposad en nuestro desvelo y fatigas; dejad á nuestro cuidado todo lo que en la causa pública dependa de nuestras facultades y arbitrios, y entregaos á la mas estrecha union y conformidad reciproca en la tierna efusion de estos afectos. Llevad á las provincias todas de nuestra dependencia y aun mas allá si puede ser, hasta los últimos términos de la tierra, la persuasion del ejemplo de vuestra cordialidad, y del verdadero interés con que todos debemos cooperar á la consolidacion de esta importante obra. Ella afianzará de un modo estable la tranquilidad y bien general á que aspiramos.

Real fortaleza de Buenos-Aires, á 26 de mayo de 1810.

La junta provisional gubernativa de la capital de Buenos-Aires.

CIRCULAR.

Los desgraciados sucesos de la Península han dado mas ensanche á la ocupacion bélica de los franceses sobre su territorio; hasta aproximarse á las murallas de Cádiz y dejar desconcertado el cuerpo representativo de la soberanía por falta del señor rey don Fernando VII; pues que, dispersada de Sevilla, y acusada de malversacion de sus deberes por aquel pueblo, pasó en el discurso de su emigracion y dispersion á constituir sin formalidad ni autoridad una regencia, de la que nadie puede asegurar que sea centro de la unidad nacional y depósito firme del poder del monarca, sin esponer á mayores convulsiones que las que cercaban el momento vicioso y arriesgado de su instalacion. No es necesario fijar la vista en el término á que puedan haber llegado las desgracias de los pueblos de la península, tanto por la fortuna de las armas invasoras cuanto por la falta é incertidumbre de un gobierno legítimo y supremo, al que se deben referir y subordinar los demas de la nacion, que por la dependencia forzosa que los estrechan al orden y seguridad de la asocia-

cion, tienen su tendencia á la felicidad presente y á la precaucion de los funestos efectos de la division de las partes del Estado, que temen con razon todo lo que puede oponerse á la mejor suerte en los dominios de América.

El pueblo de Buenos-Aires bien cierto del estado lastimoso de los dominios europeos de S. M. C. el señor don Fernando VII; por lo menos incierto del gobierno legítimo soberano en la representacion de la Suprema Junta Central disuelta ya, y mas en la regencia que se dice constituida por aquella sin facultades, sin sufragios de la América y sin instruccion de otras formalidades que debian acceder al acto; y sobre todo, previniendo que no anticipándose las medidas que deben influir en la confianza y opinion pública de los dominios de América, faltaria el principio de un gobierno indudable por su origen, estimó desplegar la energia que siempre ha mostrado para interesar su lealtad, celo y amor por la causa del rey Fernando, removiendo los obstáculos que la desconfianza, incertidumbre y desunion de opiniones podrian crear en el momento mas critico que amenaza, tomando á la América desapercibida de la base sólida del gobierno que pudiese determinar su suerte en el continente americano español. (Se continuará.)

NOVELAS POPULARES

Y OBRAS ILUSTRADAS,

A SIETE CUARTOS ENTREGA.

Se han repartido seis entregas ó tomos de esta publicacion, pertenecientes á la novela de Federico Soulié, titulada LAS MEMORIAS DEL DIABLO. A esta obra seguirán: Doce españoles de Brocha gorda, original de don Antonio Flores, con 60 grabados. El Diablo Cojuelo, con 120 grabados originales. María Stuart,



do, por A. Dumas, con 13 grabados. La Casa Blanca, por Paul de Kock, con 25 grabados. Pedro Simple, por Marryat, con 25 grabados. La Linda Margarita, por Paul de Kock, con 24 grabados, y otras que se anunciarán oportunamente.

Los que paguen de una vez el importe de un año antes del 31 de diciembre, recibirán como regalo por Navidad, el LIBRO DEL TIEMPO, original de don F. F. Villabrille, impreso en la misma forma que las novelas, y con multitud de grabados.

Todos los meses se reparten cinco entregas de las NOVELAS Y OBRAS ILUSTRADAS, y cada entrega consta de un número de páginas en 4.º mayor y en dos columnas, equivalentes en lectura á un tomo en 8.º La edicion es de lujo, con grabados, en buen papel y caracteres nuevos. El precio de suscripcion es 4 reales al mes en Madrid, y 5 ó 6 en provincia, segun se hacen las remesas por los ordinarios ó por el correo, franco el porte.

Se suscribe en Madrid, en el Gabinete literario, calle del Príncipe, número 23, y en provincia en casa de todos los correspondientes del establecimiento de Mellado.

DIRECTOR Y EDITOR, FRANCISCO DE PAULA MELLADO.—ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO, CALLE DE SANTA TERESA, NUMERO 8.

Ayuntamiento de Madrid